

**PREMIO DE  
RELATOS  
CORTOS**

(1999-2000)

**PREMIO DE  
RELATO JOVEN  
“TIERRA DE  
MONEGROS”**

(2000)

**I Certamen  
de Relato  
Corto (1999)**

**1.<sup>er</sup>** Premio

# **Las ecuaciones del milano**

**Damián Torrijos**

Digamos de un esparvel –de un esparvel cualquiera– que se ha posado en los roquedos de Piracés; que el sol fríe los yermos y se imagina el pájaro en las térmicas estupendas, y que alza el vuelo en consecuencia. Se deja llevar el milano en ese muelle cálido y bochornoso, y así aupado, apenas sin esfuerzo, deja muy lejos el suelo. En todo ve ubicuas razas de vida; abajo hierve la Hoya de sapos y culebras, de topinos y ratas de agua, de sabrosas y mínimas piezas. Pero es acaso un esparvel satisfecho, o quizá es un pájaro o místico o cansado, disfruta del paisaje abajo, en ese caos aparente de regadíos y de arcillas. La verdura de los hombres es un tapiz irregular de fajas triangulares, sinuosas, quebradas; tienen a veces forma de media luna, de almendra, o son sencillamente amorfas. Donde la labor cede a la huebra, donde los tozales, el aire cálido tira del esparvel hacia las pocas nubes. Y el pájaro hace bucles en su pacífica galbana.

Y de pronto pliega las alas y cae en picado; le basta al milano mover apenas una pluma caudal para guiñar ligeramente al este y frenéticamente abajo, y recorrer en segundos las leguas que le separan de una visión seráfica. En su exacta vertical, a sus doce en punto, se abre el pájaro en toda su envergadura y queda clavado en el vacío; el cierzo silba en sus perfiles y lo mece despacito. Pájaro y todo, el esparvel no deja de sentir asombro. Se ha detenido sobre un maizal sublime, precioso, pluscuamperfecto. Las ringleras trazan círculos concéntricos; en los puntos cardinales se abre el maizal en raras volutas, en arabescos afilados e índices. Hay en todo una nitidez pasmosa: es un maizal trazado con caligrafía, obediente a ritmos y proporciones, no labrado sino dibujado con tiralíneas. Y entiende el esparvel, del todo quieto a mil pies, que el maizal es una rosa de los vientos. Apenas pliega un ala y gira;

más allá, donde los arcos, la labor traza una compleja trama damasquina, de arcos que se cruzan con absoluta precisión, que se revuelven sobre sí y entre todos sin perder una fantástica inspiración matemática. Los motivos se cierran hacia poniente en un ajedrezado jaqués.

En la orilla hay un hombre inclinado, y el pájaro, de veras conmovido, ejecuta una nueva y urgente caída. El hombre se esmera en un brote de arroz, enano sólo, que parece obstinado en demorarse de oriente, en romper la inmaculada perfección del todo.

El hombre levanta la vista y cruzan sus miradas, y antes de que el milano remonte el vuelo en un amplio tirabuzón, el labrador se saca la boina y saluda gravemente, respetuoso, circunspecto.

Ángel Pano sentía una sincera devoción por el milvus migrans. Sus acrobacias –del milvus– eran de una impecable geometría, al borde siempre de lo estrictamente físico, de lo esencial, de la absurda y ramplona filosofía de, pongamos, un gorrión. El vuelo de un milano, se decía, son ecuaciones en el aire. De dejar el milano una estela sería un hermoso garabato de cuerdas en consenso; ese dulce planeo curvo, una hermosa imagen de abcisas y de cosenos; ese quiebro inesperado habría de ser el florilegio de Euclides. A veces, acaso de la pura intuición, el esparvel detenía su paseo sobre Ángel Pano y él siempre saludaba. Grave, respetuoso y circunspecto; no como un aprendiz frente a su maestro, sino como el maestro en presencia de un genio. Ese pájaro –ese cualquiera, que se espanta con la ceremonia de la boina– tenía la sencilla pureza del canon. Y esa maniobra, esa concreta quietud en el cierzo, encerraba la maravilla de la dinámica, la impecable y mutua tensión de los fluidos, el portentoso algoritmo de la vida misma.

Luego de cubrirse, que caía el sol a huevo, el Pano volvió su atención al terco brote de arroz; seguía obstinado el brote en brotar de lado, con una presunción y una tozudez que no cabía

esperar de un vástago. El hombre, que había observado durante días el tallo, que conocía su conspiración, estaba preparado. Hundió un tutor de a palmo en el barro; comprobó su verticalidad con una plomada de precisión (construida con el plomo de un sedal y una finísima hebra de esparto), y puso en su sitio al brote. En las tierras del Pano había cientos de vegetales con férula, pues la obligación del Hombre no es otra que corregir amorosamente las frivolidades de lo que crece. La tierra, a veces, se distrae en los preciosos garabatos que todo lo conforman.

Se sentó Ángel Pano en la linde, donde incluso los yerbajos crecían en pulcra simetría; cada dos varas, entre sendos tomillos, el Pano había permitido sin embargo un solar al suelo de sus tentaciones. Y escuchaba el sordo rumor del silencio: el agua en los regatos, los leves zumbidos de la brisa, el vuelo impertinente y agudo de los mosquitos, la lejana vibración de los tractores... Adoraba el Pano ese silencio amueblado de matices; a menudo, sumido en él, se acordaba de la Carolina. De su piel blanca y prieta sobre las lorzas, de su cara colorada, tirante y vivaz; de su balanceo en las eras y en el lecho, de esa risa de jipidos que alegraba la casa y las cosechas. De la súbita decepción; de su agonía de meses. Recordaba el Pano cómo se consumía la Carolina mientras el cáncer se abría huecos en el vientre, mientras su esposa se moría por pedazos.

Un año entre dos Pascuas tardó la Carolina. Y él estuvo siempre a su lado, recostado en un sillón de mimbres, compartiendo esa lenta putrefacción que dejaba en el cuarto un aroma de gatos aplastados. Los hijos, los cuatro, atendían el campo; el Pano atendía la mano de su mujer, una mano regordeta y aceitosa que pronto se puso magra. En silencio el Pano maldecía. Una tarde se presentó el mosén –aunque no era cumplidor el Pano– y ensayó un torque consuelo de frases hechas. El Pano le dio dos hostias; pero luego, con la calma de la noche, se preguntó si no habría de veras una explicación, si no era parte la Carolina de un todo

ordenado, si los gusanos que bullían bajo las tetas no eran sino cumplidores de un ciclo inexorable. Los hijos, los cuatro, dijeron después en las tertulias que, esa noche, le dio al Pano un aire. A la mañana siguiente se presentó en el camposanto con un ovillo de bramante. Quería la casualidad –o el Orden– que la planta del cementerio fuera escrupulosamente cuadrangular; tiró las cuerdas, trazó las diagonales, y marcó el solar en su centro perfecto. Y con su referencia trazó un rectángulo; en eso llegó el alguacil, que tenía aviso del Pano, y ahí mismo cerró el contrato y compró la tumba de la Carolina. Seis semanas tardó en cavarla y tres en dejarla a su gusto; negó el auxilio de peón alguno. Las aristas se sometían, una y otra vez, al examen de la escuadra; el Pano no quería propiamente una fosa, sino un mausoleo prismático, un exquisito volumen de proporciones áureas. Donde el pico se hacía tosco se aplicaba con la piqueta; y después con el cincel; y después con la espátula; y después con la uña; y después con el cepillo; y después, y con la connivencia del boticario, limó con bisturí las últimas imperfecciones, las mínimas, las ínfimas. De haber tenido el Pano o el tiempo o la herramienta, se hubiera entretenido en microtomos. Pero en tanto se había muerto la Carolina por fin. No se sintió traidor a la mujer por sus ausencias: la Carolina llevaba un tiempo largo en un coma piadoso, acaso para no sentir el propio tufo y los dolores como cuchilladas. Su entierro fue un ejemplo de goniometría y el principio de una Causa.

En los largos duermevelas, mientras la Carolina reventaba por dentro y se hacía chica por fuera, Ángel Pano había desarrollado una religión propia; lo mismo era además desmesurada. La vida y sus productos encajaban sin duda en complejas ecuaciones, en una razón universal de ángulos, en múltiplos deliciosamente encadenados, en la discreta exaltación del orden. No se expresaba así el Pano por taciturno y porque su memoria escolar era escasa y quedaba muy lejos: era una sencilla presunción de números complejos. Y luego del entierro, ante la atónita expectación de todos, ante la prudente simpatía de los hijos con el padre loco,

se aplicó a la reconstrucción del mundo. Había sido un cazador de prestigio; y verbigracia sustituyó la carabina por un arco de poleas, encantado de sus parábolas, amante de pronto de esa balística que traza cosenos en el aire. Reformó la casa imponiendo una implacable simetría en los cuartos, midiendo a nivel la exacta rectitud de los espejos; cada objeto sobre las mesas fue delicadamente examinado, de modo que la planta de los unos sobre las otras obedeciera a cabales coordenadas.

Pero se debía a la tierra, y en ella –y a menudo contra ella– se aplicó en una minuciosa cruzada. Sus aguatillos fueron pronto obras de orfebre, conos perfectamente truncados y pulidos por donde el riego se deslizaba sin ruidos aparentes. Afilaba, con precisión de joyero, las palas de la teja; medía la labor con un tesón microscopista. No quería tajos al campo, sino arañazos sabios. Cada simiente era plantada en su lugar preciso, en un todo armónico de granos. Tuvo la manía de ensayar sus dibujos vegetales; primero eran tímidos bocetos, figuras planas y singulares; luego se inició en los raros caracoles y en la exuberancia de los círculos inscritos, en la frenética cadencia de los hipocicloides. Puso su amor en la faja de los rábanos: describían la hermosísima espiral de Arquímedes, que se retuerce sobre sí misma sin estridencias para concluir formando un corazón. Ángel Pano, ajeno a toda sabiduría, reinventó sin embargo a Gauss y a Bernoulli con la simple intuición de lo curvo.

La amable paciencia de los hijos no duró; la primera cosecha fue ruinosa. Las tierras, a manos del Pano, eran bellas en serio pero inequívocamente pobres. Aún se dejaban guiar por los juegos del padre, que desde los tozales, armado con teodolitos que no sabía usar, con grafómetros que no entendía, les daba instrucciones mediante bocina. Se apañaba mejor con el brazo extendido y un decímetro y una tosca herramienta de cordones; dibujaba en el barro y daba gritos, y los hijos, los cuatro, torcían la labor y el ceno un cuarto de grado. Luego, en la impunidad del vermú, conspiraban en silencio, cobardes todavía, temerosos

del padre loco. Las conjuras que solo se suspiran encierran más peligro y son más evidentes. Los vecinos pronto espionaron al Pano desde las lindes, ocultos en las acequias; y no podían decidir si era de veras un santón o un majadero. La duda quedó zanjada cuando, un septiembre, el Pano comenzó a lanzar flechas al aire: no a un azar del aire, sino al cielo mismo. Tenían las flechas una larga cola de papel seda que, en un hermoso y fugaz trampantojo, pintaba en el cielo un arco apuntado; como quiera que el Pano repetía la operación cada pocos pasos –y luego de una observación profunda– un espía avisado habría notado un método: todo lanzamiento coincidía en el mismo cenit. El Pano estaba flechando una cúpula sobre los campos de ordio.

Entre los alcahuetes ya corría la voz: el Pano iba desquiciado tras la muerte de la Carolina. Siempre hay peritos en el prejuicio, y así el mosén pedía en los carasoles una oración por el pobrecito; el médico buscaba precedentes en los libracos; el alcalde miraba el catastro con ambiciones, por si cabía una expropiación antes o después; el maestro, para evitar la pasa, omitía las lecciones de aritmética. Cada cual tenía su veredicto y proponía su sanción. Los hijos, los cuatro, no levantaban los ojos del vermú por no cruzarse las miradas.

El Pano se secó la frente y, luego de comprobar si aguantaba el tutor, anduvo un rato por las lindes. Aquí y allá, cada poco, detenía su paseo para enmendar las pequeñas atrocidades del caos: o un ababol empecinado, o una margarita de pétalos desperejados, o la impertinente madriguera de una liebre. Donde la acequia se descansó de nuevo; dejó las abarcas a un lado (cuidando que mediara entre ambas una correspondencia rigurosamente especular) y hundió los pies en el agua turbia y refrescante. Cada cosa a su hora: no había prisa para alcanzar la tubería. Esa mañana era un obsequio de tiempo moroso, de tiempo que gastar, por ejemplo, en paseos y pedilubios. Lo único urgente y fugitivo era el agua en la canalera, el agua que arrastraba otros lodos, que no regaría más el concierto de su jardín.

Y así y todo, a pesar de su resignación, el Pano suspiró en un levísimo rasgo de dolor. Durante meses había asumido el acecho de los vecinos, y en todo tiempo se supo el eje de muchos sumarios. A su paso tenían los susurros un aroma fecal y ponzoñoso, como si el pueblo se hubiera conjurado en una halitosis de purines y serpientes. Los saludos del mosén tenían un poso de misericordia (algo matizado por la memoria del par de hostias); el médico le miraba con cierto aprecio de taxidermista, y el alcalde le daba palmadas en el hombro. En el maestro sólo percibía el Pano un odio sincero, y tomó algún cariño a ese desprecio sin máscaras. Y eran gestos de ignorancia, y el hombre con eso se consolaba. Pero no iba preparado para el desplante de los hijos, los cuatro, que un día le salieron al encuentro; ebrios de cazalla por fin se habían mirado a los ojos. En el camino le dieron un ultimátum. El Pano, mientras movía los pies en la acequia, toda marrón y fresca, se acordaba del incoherente tufo de anís en los campos, de esas miradas coloradas por la ira y el alcohol, de esas voces gangosas que habían perdido todo vestigio filial. Recordaba esa amenaza de sílabas erráticas como si arrastra espinas el agua. Pero el Pano calló entonces; dio la espalda a tanta traición y siguió andando. No se detuvo siquiera cuando la piedra le alcanzó en el lomo.

El Pano silbaba y buscaba esparveles entre las nubes.

Aunque no había resuelto los problemas menores, la cúpula hubiera sido hermosa. El Pano había tenido su vislumbre mientras los hijos se torturaban con el presagio del granizo. Había trazado en sus campos figuras complejas pero planas; acaso bastara tirar de un hilo para poner en pie las triviales igualdades. Imagine primero un arco en el espacio, y otro más, y otro, coincidentes en su punto más alto. Tal vez, se dijo, fuera suficiente una tupida campana de alambres, un tamiz que dejara paso a la lluvia y retuviera o disparara las pepitas de hielo. Y un día dibujó en el aire un primer apunte con su prurito de arquero puesto a geometra; y la sola contemplación de aquellos sutiles senos, esa curvatura perezosa

de subir y ansiosa de caer, le llevo a un éxtasis sacramental de secantes y cotangentes. Poco después un agente judicial le dio la citación en mano; le atribuían los hijos, los cuatro, una total discapacidad para administrar su hacienda. Y mientras Ángel Pano firmaba Ángel Pano con su menudita y esmerada letra de labriego tuvo la voluntad de morir. Sacó los pies del agua; se secaron pronto al sol y parecían revestidos de un calcetín arcilloso y cuarteado. No se calzó después. Quería el tacto de la tierra; cada guijarro era un divertido revolcón de prismas, un caprichoso tropiezo de poliedros que encerraba el misterio mismo del orden. Los golpes del carcaj en las nalgas marcaban el paso.

Siguiendo la acequia, del otro lado del sifón, había construido la tubería. Era una pasmosa simpleza arrebuada en una cornucopia de tensores y bombillas, y raros y primitivos compases, y herramientas de todo tamaño y de una utilidad insospechada. Había trabajado día y noche; aquí y allá colgaban de la tubería sus apuntes con regia de tres, o modelos a escala que no presagiaban una función concreta. El cierzo mecía los cachibaches, que tintineaban entre sí como si fuera la tubería un espantajo de carrillón chino. A vista de pájaro –de un esparvel cualquiera– la huebra y la quincalla acentuaban la sobrehumana perfección del trazado: era la tubería una circunferencia de referencias celestes: acaso la exquisita huella de un perihelio. De una órbita truncada, porque carecía de un segmento; pero incluso su ausencia era deliciosamente proporcionada. Estaba levantada sobre firmes trípodes a la altura exacta de los ojos de Ángel Pano, y entre ambas bocas –o la boca y lo que fuere– mediaba minuciosa su propia talla. Desde cualquier punto de vista, incluido el milvus, la tubería era su obra maestra. El diámetro de la figura era, a la micro, diez veces su envergadura; su calibre, su diezmo exacto y pulquérrimo. No había al tacto ni astillas ni rebabas; su perímetro era un suspiro de las ciencias.

El Pano se sonreía. De toda manufactura posible, solo el círculo era al tiempo una escala vital y divina; solo una

circunferencia, con su ingenuo aspecto de poca cosa, encerraba y despejaba todas las incógnitas. Se sonreía el Pano porque la tubería era su testamento y el escarnio de los hijos: a los cuatro había sisado las piezas. Se reía el Pano de los hombres precueces, de su misma y trivial camada de tontolabas. Sus cosechas serían el año próximo un caótico revoltijo de cereales; serían ricas seguramente, pero de una riqueza sin alma y sin concierto. Y sin embargo su hazaña de la tubería, en ese primitivo erial sin yerbajos, quedaría siempre en la memoria de las generaciones.

Ahí estaba de nuevo: el milano se recortaba contra el sol y el Pano frunció los ojos para distinguir su silueta absolutamente inmóvil. Supuso que era la hora. Al pie del círculo estaba el arco; tomó la flecha del carcaj. Era una pieza singular, sin plumas, para evitar el inútil rozamiento de las paredes: la tubería en sí era una trayectoria perfecta. No tenía el Pano gran cosa que añadir y tensó la cuerda, en algún punto apenas crujieron las poleas. Embocó la punta en la tubería. Había preferido una punta de caza de tres hojas como escalpelos. Y dejó por fin que la sirga resbalara sobre las yemas.

La ceremonia estaba bien ensayada y no llevó un segundo. El Pano giró sobre sus pies, dio dos trancos, y esperó. ¡Cuánta mentira tenían los relojes! Tuvo tiempo para recorrer el lejano cuerpo de la Carolina, las marciales filas del arroz, la cebada en espirales, la estirada concreción de cada brote en su tutor... Pudo percibir el silbo de la flecha en el tubo, las fuerzas de su mecánica, las turbulencias de su geometría, el álgebra que desprendía mientras se hacía aguda y próxima; pudo enfocar esa boca oscura que, a un palmo escaso de su frente, rezumaba sinusoides y cosecantes; sintió la presión del aire, el soplido cálido de la tubería, ese rumor que dejaba la flecha agudo por delante y grave por detrás; vio la punta tridente que de pronto emergía de la nada, la respuesta a toda ecuación, el final de cada incógnita. Sintió su brevísimo tacto entre los ojos y era de un frío delicado y centesimal.

El milano lo mismo venía de Piracés, donde los roquedos tostados al sol emiten térmicas placenteras. Durante un buen rato se mantuvo en suspense, apenas vibrando en el cierzo; luego se dejó caer. El hombre, largo en el suelo, no se inmutaba. Tenía el milano la duda de si aquellos ojos abiertos miraban al cielo o el palo encajado entre las cejas; algo miraban sin duda. Esperó la habitual cortesía de la boina, pero finalmente, no sin una perceptible decepción, se elevó de nuevo. Y a punto estaba de alabear y perderse sobre las eras cuando cayó en la cuenta. Tenía el sol a sus espaldas; vio su propia sombra proyectada en el suelo: un enorme esparvel negro pulcramente inscrito en el círculo. Y ahí donde parecía roto, donde se había quebrado la exquisita redondez, el hombre estaba tumbado para darle su ceremoniosa completud. No era el hombre laso su artífice: era parte de lo inmaculado. Aunque se sabía querido el esparvel, no dejó de emocionarse ante el tozudo homenaje del tipo inmóvil. Y entendió bruscamente que seguía mirando desde su remota pequeñez, y se alejó discreto, como si hubiera burlado sin querer la intimidad de un sacramento.

**2.º** Premio

**La niña que quería salir en el No-Do**

**Begoña Plaza**

La señorita Asunción corregía los deberes del día anterior, mientras el agua hervía en un enorme puchero colocado sobre la estufa de leña. Enseguida repartirían la leche, el queso y la mantequilla de los americanos. Regina mascaba con fruición una bola de chicle que le habían traído de Huesca. Permanecía expectante desde la noche anterior. Ese día era martes, día de cine en el bar de María, y hacía varias semanas que no le había tocado ir. “Te paice a tú que las perras las regalan”, le decía su padre cuando ella le pedía permiso para ver una película.

Pero había muchas posibilidades de que aquella noche fuera su turno y el de Trini. Rosario, José y Ramón, sus otros hermanos, habían sido los últimos en disfrutar de aquellas sesiones cinematográficas. Tres pesetas debían pagar cada uno y seis el padre.

La madre no iba nunca; se quedaba retorciendo esparto al calor de la lumbre, charlando con algunos vecinos que, como ella, habían estado exiliados en Francia.

Era absolutamente necesario que Regina estuviera en el bar de María aquella noche. Esperaba verse en la película junto al Hombre de los Pantanos, que se llamaba Generalísimo. Recordaba muy bien su nombre porque no conocía a nadie más que lo tuviera. La semana anterior había venido a inaugurar un canal a Sariñena y ella había estado allí, junto con otros vecinos del pueblo. Aquel acontecimiento había alterado para muchos la cotidianidad. Se retrasarían por unas horas las labores en el campo y las conversaciones serían muy diferentes durante varios días. Habían salido seis carros tirados por mulas y hasta un tractor con remolque. Había que ver lo bien engalanados que iban los jumentos de Macario el del bar y los de casa'l herrero. A estos

últimos les habían anudado una cinta en rojo y amarillo al cuello y Macario, muy dado a los excesos, les había colocado un lazo enorme en cada oreja a sus mulas y otro, también de tamaño considerable, en la cola. Lo malo fueron los problemas que le acarrearón después estos adornos. Al parecer, la tela rojigualda que colgaba molestaba a las mulas en los ojos y comenzaron a mover bruscamente la testuz apenas habían salido del pueblo, negándose a dar un paso más. Los más pequeños habían estado especialmente excitados con esta excursión y más con la carrera que se organizó entre vecinos espontáneamente.

El pistoletazo de salida de la misma fue la escapada del tractor con remolque, seguido al principio de uno de los carros cuyo conductor no se resignaba a quedarse en la retaguardia. Comenzaron también los otros dos a azuzar a las mulas con las consiguientes molestias que ello ocasionaba a los pasajeros, que iban al principio cómodamente instalados en sus sillas de anea, echando algún trago que otro de vino de la bota para entrar en calor. El traqueteo de los vehículos sobre el camino pedregoso hacía botar a los viajeros, algunos de los cuales proferían gritos de protesta: “Chico, dejaló que marche, pos s’igual imos de llegar, dejaló, dejaló que tire él”. Pero otros, para regocijo de los niños, animaban a los intrépidos conductores de mulas: “Sí, sí, chiquer, tú tira, no sea cosa que cuando llegemos ya haya acabau la cosa”.

La competición se animó con la concurrencia de otros participantes que encontraron en ruta, provenientes de pueblos cercanos. Entre los gritos de ánimo y las protestas, algunos de los jumentos se pusieron nerviosos. Las mulas de Macario, ya desprovistas de lazos, decidieron repentinamente desviarse del camino cuajado de guijarros, internándose en uno de los campos de labor, sin aminorar por ello la velocidad, sino totalmente desbocadas.

Regina se divirtió de lo lindo, a pesar de que no podía dejar de tiritar a causa del frío. Iba con sus hermanos y su padre. Mamá se había quedado en casa, diciendo que el abuelo no

se encontraba bien. Eso le había extrañado bastante. La noche anterior a aquel día, él estaba como siempre, comiendo chorizo de los que colgaban en la habitación en la que dormía con Regina y sus hermanos, reprendiéndolos porque no lo dejaban dormir: “¡Cagüen los críos del copón! ¿A ver si calláis ya, rediós!”

Algunos de sus amigos fueron también en los carros, menos Dolores, que llegó hasta Sariñena en coche con su familia. Su madre se llamaba señorita Magdalena, aunque no era maestra ni nada. Salía poco de casa, una casa preciosa. Regina había ido muchas veces a jugar allí con Dolores, la única amiga del pueblo que tenía muñecas que parecían niñas de verdad. Su compañera de juegos no había participado en la carrera; menos mal que esas cosas nunca salían en la película porque el carro en el que iba Regina había llegado el último. Lo importante era lo de después. Eso es lo que ella esperaba ver esa noche y por eso tenía que ir a toda costa al bar de María.

“Papá, me dejará ir al cine esta noche?”, le preguntó a la hora de la comida. “Ya veremos”, respondió. “Pero, ¿me dejará o no?”, insistió ella. “Te he dicho que ya veremos. Hala, ahora termínate lo del plato”.

Así que Regina volvió por la tarde a la escuela sin saber todavía si podría ver la película de esa noche. Mientras sus manos se afanaban por seguir la pauta marcada en su pañito de costura, hubo un momento en el que sus ojos se iluminaron al recordar lo que su padre le había dicho días atrás, cuando logró hacer una sogá de esparto que había dado tres veces la vuelta al pueblo. Le aseguró que le daría una propina con lo que sacase de la venta de las cuerdas que llevaría en mayo a la feria de Monzón.

Fue la que más trabajó, entrelazando hebras y hebras de aquel esparto recogido en pleno verano, cuando el pueblo se calentaba bajo un sol implacable que se quedaba entre las peñas peladas que se recortaban contra un cielo de un azul resplandeciente. Mañanas enteras había pasado desollándose

las manos, arrancando aquellas tiras verdes que se resistían a dejar la tierra en la que estaban bien enraizadas. Pero aquel que ella había transformado en una soga gigante no era verde, sino expuesto al sol, durante tres o cuatro días, sobre los restos de mies que habían quedado tras la siega.

También entonces los carros se veían atestados de vecinos; aunque entonces la sesión no tenía carácter competitivo. El esparto blanqueado por el sol era extendido sobre los caminos, que ocultaban sus pedruscos bajo aquella alfombra crujiente; niños y mayores se subían en grupo a aquellos vehículos temblorosos, los cuales rodaban y rodaban sobre el manto de grandes hebras ásperas para ablandarlo. Cuanta más gente hubiera, mucho mejor. Tras una tarde completa de soportar el paso de las ruedas aplastándolo contra los guijarros, el esparto se doblegaba ante los vecinos, más blando, más manejable, y ya se guardaba en los pajares. Era ahora, durante el invierno, cuando se cogía por montones para convertirlo en sogas que podrían ser vendidas en la feria de Monzón...

Pero todavía faltaba mucho para la venta. Quizá su padre le adelantara el dinero para ver la película de esa noche. ¿Cuál sería?, ¿una de americanos o de españoles? De lo que estaba segura era de que tenía que ser de americanos o de españoles porque solo existían esas. Menos mal que los americanos hablaban el español de maravilla, no como los indios u otros que parecían tontos los pobres. Tal como ella había podido comprobar en el cine, los únicos no españoles que hablaban cristiano eran los americanos.

Por fin, a la hora de la cena, su padre le dio permiso a ella y a Trini para ir al cine.

Sentados a la mesa, junto a la lumbre, los ocho miembros de la familia tomaban la col cotidiana de las noches invernales y productos de la recién matanza del cerdo. Regina se engullía todo con rapidez, como si así pudiera hacer pasar el tiempo más deprisa. La madre se levantó para rellenar la jarra con agua de la

que guardaban en el cántaro situado bajo el fregadero. “Mañana irá Ramón a buscar el agua a la fuente, ¿eh?”, dijo depositándola con suavidad sobre la mesa.

El padre preguntó a Regina y Trini por los deberes de la escuela. “Si no están todos hechos no hay cine hoy”, les advirtió. Ellas dos eran las pequeñas y las únicas que aún asistían a clase. Rosario ayudaba en casa y los dos varones eran necesarios para las labores del campo. Trini había pasado ya al libro de perfeccionamiento; era una alumna aventajada y la maestra había sugerido que la animasen a continuar estudiando. Comentó también que parecía tener un problema de visión, pues no distinguía bien todo lo que ella escribía en la pizarra. “¿Por qué no la llevan a Huesca al oculista? Quizá necesite gafas.” “¡¡¿Gafas?!!!”, había exclamado escandalizado el padre, imaginando inmediatamente a su hija algunos años más tarde: vestida de negro, saliendo de la iglesia del pueblo cogida del brazo de un buen mozo, acompañada de un alegre repiqueteo de campanas... ¿con gafas? Imposible. Las malditas lentes frustrarían a buen seguro aquella escena. Además, ya sabía él que la mala costumbre de Trini de acercarse tanto los objetos al mirarlos, no era más que eso: una mala costumbre que debía ser corregida. Por otra parte, eso de las gafas eran tonterías de ricos.

Después de la cena, la madre puso sobre la mesa un frutero con plátanos y naranjas para regocijo de todos. Había llegado el trapero quien, a cambio de viejas telas y pieles de conejo, dejaba naranjas de toro, rojizas y jugosas. El padre había sido el encargado de comprar los plátanos en Huesca. Los niños solían cambiarle al trapero las balas que habían salpicado la tierra de cobre durante la guerra y que él luego vendía. A veces, durante sus juegos en las tierras baldías a los pies de algún montículo cercano, aparecían proyectiles que habían sido disparados durante la contienda pero que no habían explotado. Regina sabía que eran inofensivos mientras uno no se empeñase en que dejaran de serlo, no así las granadas que habían sido arrojadas durante el periodo bélico. Fue

jugando con una de estas como el primo Enrique perdió su mano derecha.

La lluvia, que había comenzado a caer suavemente antes de la cena, sacando dulces sonidos metálicos de los cubos de faena que estaban en el corral de la casa, descargaba ahora las gotas con furia, como si algunos soldados, despistados de un desfile ya dispersado, aporrearan sus tambores sin orden ni concierto. Dentro de casa se estaba bien, junto al calor del hogar, oyendo el cotidiano chisporroteo de los troncos ardiendo en las noches de invierno. “Hala, moceta, pa que vayas al cine esta noche, esto por lo del esparto”, le dijo el padre a Regina, tendiéndole una caja en cuyo interior había un par de zapatos negros, de suela de cartón duro, del mismo con el que se había confeccionado la maleta que ella se llevaba cuando iba a Huesca, a casa de tía Ascensión, para las fiestas de san Lorenzo. Inmediatamente se los calzó y las dos hermanas cogieron sendas sillas de paja y un gran paraguas negro y se encaminaron hacia el bar de María. Otros vecinos acudían también con sillas: aquellas que no consumían no tenían derecho a asiento.

Regina esperaba sin moverse a que diera comienzo la proyección. Seguía lloviendo mucho. Román, el encargado de llevar el cine todas las semanas al pueblo, no había llegado todavía debido a la tormenta. Tenía que traer, montado en su bicicleta, la lata con la cinta de la primera parte de la película desde el pueblo de allado, donde ya la habían proyectado. Regina estaba muy inquieta, temiendo que suspendiesen la sesión de esa noche. Cuando por fin cesó la lluvia, salió del bar con Trini y Pedro, otro chaval del pueblo que también esperaba, para llegar hasta la carretera por donde debía venir Román, pisando todos los charcos que encontraba por el camino con los zapatos nuevos que comenzaron a empaparse. No había nadie por las calles; el invierno dejaba el pueblo con las charlas de las noches frescas del estío; se quedaban solos el silencio y el frío.

“Mirar, mirar”, dijo Regina con júbilo al cabo de unos cinco minutos, señalando con su dedo hacia una luz que se divisaba a lo lejos y que no podía ser más que el faro de la bicicleta de Román. ¡Bien, no suspenderían la sesión! “¡Que ya viene, que ya viene, ya trae la película!”, anunciaron los tres niños de vuelta en el bar, mientras algunos aprovechaban el retraso para tomar copas de anís o aguardiente.

Un rato después se apagaron las luces y comenzó a oírse el sonido de molinete que acompañaba la aparición de imágenes en la pared blanqueada del local. NO-DO se leía en los primeros fotogramas. Seguidamente apareció el rostro familiar para todos del presidente Eisenhower que, curiosamente, no hablaba español. Regina esperaba con el corazón acelerado, mientras movía los pies empapados dentro de los zapatos, cuya suela empezaba a reblandecerse por la humedad. Se iba a resfriar y mamá la regañaría; luego hablaría con la nariz taponada, como el Hombre de los Pantanos. El hombre tenía que estar tantas y tantas veces junto a lugares húmedos, ya fueran pantanos, canales o los ríos en los que pescaba, que así le iba.

“Españoles...”. “¡Ahí estaba!, pero... no en Sariñena, sino en un palacio. Después... ¡por fin!, aparecía en la inauguración de un canal y Regina registraba con celeridad cada milímetro de la pared, buscando un rostro conocido, el moño de la señorita Magdalena, las mulas del señor Macario, irrumpiendo triunfantes en escena, un paraje familiar de los Monegros oscenses... Y sobre todo se buscaba a ella, con sus trenzas impecables y su abrigo de mangas un poco cortas, ella junto a su padre y sus hermanos... ¡Nada!

Comenzó la película “La Lola se va a los puertos” sin que ella ni nadie del pueblo hubieran aparecido en pantalla. Siguió viendo la proyección totalmente desilusionada, sin saber muy bien qué pensar sobre lo que veía en las imágenes, actitud que conservaría ya durante toda su vida. “¡Eh, mirad qué buena pierna tiene la

gachí!””, exclamó entusiasmado el señor Antonio sentado a su lado. La bailaora de flamenco, pura percusión humana, golpeaba el suelo con sus zapatos, como si protestara. Regina movió un poco sus pies y el cartón de las suelas de los suyos se desprendió del todo.